

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

Los Estados Unidos en 1973 (y 6)

OTRA VEZ OCCIDENTE

Vi en la televisión al ex vicepresidente Spiro Agnew explicar ante el país su situación personal y política, que lo ha llevado a la aceptación de su condena por evasión de impuestos y a la dimisión de su cargo. Mi opinión sobre su política es muy negativa, y he escrito sobre él con extremada dureza hace tres años, textos incluidos en la edición americana de mi libro sobre los Estados Unidos. Pero no pudo menos de sorprenderme que inmediatamente después de hablar Agnew, sin un minuto de pausa, apareciesen en la pantalla dos comentaristas que «analizaron» su discurso. Ambos de acuerdo, ambos adversos. Lo que hicieron fue desmontarlo, invadirlo, mostrar un folleto de 40 páginas en que, según decían, están las pruebas en contra. Esto me hubiera parecido irreprochable al día siguiente, una hora después. Pero no puedo encontrar correcto que no se deje al espectador reaccionar por sí mismo, reflexionar sobre lo que aquel hombre ha dicho, comentarlo con la familia o los amigos. Dar simultáneamente la información y la interpretación es —hágase en nombre de lo que sea— una de las formas del totalitarismo.

Me he detenido en este detalle porque es representativo de la situación actual de los Estados Unidos, que están regidos en proporción increíble por los periodistas y comentaristas de televisión. Y la razón es que propiamente no hay política, sino campaña electoral. Quiero decir que en este momento de crisis, las grandes figuras políticas del país, los hombres representativos, los que pueden ocupar en el futuro los más altos puestos, están callados. Las comisiones senatoriales, los jueces y los periodistas son los que hablan sin parar. Los políticos importantes se reservan para 1976, el año de las elecciones — a lo sumo, un poco, para las legislativas de 1974—; mientras tanto, esperan, callan, no orientan al país, no toman posición política (y no electoral) sobre la grave situación de este año. Esto no puede ser, habrá de corregirse o se producirá una crisis de este admirable sistema político, que lleva dos siglos de sorprendente funcionamiento.

Hay que agregar que ese silencio alcanza a los intelectuales. No hay una sola gran figura de las letras americanas que haga oír una voz responsable, autorizada, sobre los grandes temas. Hay prestigio intelectual, pero no «autoridad» intelectual (el primer artículo que escribí en «La Nación» de Buenos Aires, en 1948, versaba sobre este tema en el mundo; ha pasado un cuarto de siglo; temo que ese artículo es mucho más verdadero que cuando lo escribí).

Naturalmente, el motivo de ese doble silencio es el miedo. ¿A qué? Por parte de los políticos, a «gastarse» fuera de las elecciones, a dilapidar dinero, esfuerzo, tiempo, exposición a la crítica, sin inmediatas ganancias electorales. Esto es funesto, porque la política degenera en campaña y pierde su función capital de orientar, regir, dirigir. Por parte de los intelectuales, miedo a no ser oídos, a no ser atendidos; más aún, a ser expulsados del favor de la crítica, incluso de toda mención de ella.

Esto pasa «en todo el mundo», y esto es lo grave. Acaba de morir Gabriel Marcel, la figura más interesante de la filosofía en Francia, entre los vivos, uno de los hombres más lúcidos e in-

sobornables de nuestro tiempo. Todavía el mes de mayo pasé dos horas de conversación con el viejo amigo de un cuarto de siglo, en su casa de París, 21 rue de Tournon, llena de libros —y no pocos españoles— por todas partes. Marcel, a los ochenta y cuatro años, respiraba veracidad, claridad, pasión de la que no quita conocimiento, responsabilidad, fe en la libertad. Pero Marcel era ya hace años una voz en el desierto, escuchada por muy pocos. Hace cuatro años, Heidegger comentaba con humor y amargura: «Casi todos creen en Alemania que he muerto». El año pasado en Brasilia, profesores alemanes me decían que en las universidades de Alemania no se puede nombrar a Heidegger, que su nombre es «una palabra sucia».

Esto es lo decisivo la universalidad de ciertas dolencias de nuestra época. En España, casi todas las conversaciones empiezan con estas palabras: «En este país...». Ya Larra reaccionó contra ello. En los Estados Unidos, cada vez ocurre más. Esta expresión puede tener sentido, si se quiere decir que uno está seguro de que en su país sucede algo; pero en seguida se convierte en la tácita suposición de que eso ocurre «sólo» en ese país. Ha sido la tentación americana normal en un país enorme y relativamente aislado, que el hombre medio tendía a identificar con «el mundo», pero ahora esto no es posible, y se convierte en un apoyo de la «leyenda negra».

Lo más urgente es la extirpación definitiva del «provincianismo» americano, que los Estados Unidos no se pueden permitir a esta altura de la historia. El día que los americanos lo superen, y se den cuenta de lo que realmente es el mundo, el desaliato quedará automáticamente curado. No porque caigan en ningún narcisismo, no porque vuelvan a una orgullosa complacencia en su propia grandeza y perfección, sino porque se darán cuenta de que la realidad —y no sólo la americana— es defectuosa, imperfecta, conflictiva, y a pesar de ello admirable y llena de posibilidades. No se soñarán perfectos e impecables, pero aprenderán a tener una visión «comparativa» de las cosas: prosperidad comparada, veracidad comparada, libertad comparada, justicia comparada, «imperialismo» comparado...

Entonces aceptarán los males de esta vida no como una calamidad sino como un reto, un «challenge» — como lo habían sentido desde los comienzos de su historia—. Entonces volverá a surgir un proyecto incitante, una empresa americana capaz de llenar de entusiasmo a este enorme, fabulosamente rico país —quiero decir rico de realidad, no sólo de recursos.

En 1945 resultó evidente que Europa no podía vivir sola. Sin la ayuda americana en todos los órdenes, Europa hubiese sido un continente invadido, ocupado, sometido; y si no, pobre, arruinado por medio siglo, vuelto a condiciones primitivas, concentrado en sus recuerdos, sin futuro. La empresa americana de entonces fue primordialmente la restauración y reconstitución de Europa, su independencia y unión. Desgraciadamente, con exceso de ingenuidad y falta de sentido histórico, los americanos intentaron extender el «American way of life» sin restricciones de una manera abstracta; creyeron demasiado en las «Naciones» Uni-

das; cayeron en la trampa elemental del «anticomunismo» sin más discriminación. Por su parte, los europeos no han sabido resistir bien la prosperidad de los últimos veinte años, han vuelto al nacionalismo — hoy de moda en todo el mundo —, han sido invadidos por una ola de «señorismo»; han descendido prodigiosamente en nivel de exigencia, en calidad intelectual, en capacidad creadora.

Ahora resulta claro que los Estados Unidos necesitan a Europa, tanto como Europa necesitó a los Estados Unidos. No sólo su «cooperación» — casi ningún problema tiene solución meramente europea o meramente americana —, sino sobre todo su «presencia». Los americanos necesitan ver que los riesgos y las limitaciones no son sólo suyos, sino también de Europa (y de la América hispánica). Necesitan escapar a «todo» aislacionismo, y sobre todo al aislacionismo mental.

Si esto ocurre, si hay cierto número de cabezas claras a los dos lados del Atlántico — del Río Océano —, capaces de ver las cosas como son, con suficiente valor para decirlo, para afrontar el silencio, la difamación, el desvío, la pérdida de apoyo oficial o publicitario, el horizonte se despejará pronto. No me extrañaría que europeos y americanos se frotasen dentro de poco los ojos, como quien despierta de una pesadilla, y recordasen con asombro lo que han estado haciendo, diciendo y fingiendo creer en el último decenio.

Si esto ocurre, volverá a haber un proyecto nacional americano — a la vez que los volverá a haber en Europa y en Hispanoamérica, cuya vida reciente no puede explicarse más que por la ausencia de ello. Y ese proyecto, sin dejar de ser «nacional» — por ser circunstancial — será trasnacional. Se tratará de encontrar cada país su lugar en la gran perspectiva de Occidente — la verdadera realidad histórica en que vivimos en la segunda mitad de este siglo.

No se tratará de proyectar sobre el mundo el «American way of life»: es evidente su limitación, por una parte, su intraducibilidad, por otra. Se tratará de inventar en concreto el múltiple «Western way of life», las diversas maneras occidentales de vivir. En esta empresa, el soporte principal han de ser los Estados Unidos, si recuperan su impulso, su confianza, su entusiasmo, su alegría, su espíritu crítico deportivo y no lacrimoso, si se libran de creer en su «leyenda negra».

Creo que el primer americano que sepa hablar a su país con insobornable veracidad y con entusiasmo, sin halago ni derrotismo, con imaginación y alegría, tendrá detrás de sí al torso del país. Temo que falten americanos verdaderamente ambiciosos — si se mira bien, la ambición de nuestros contemporáneos es en todos los órdenes muy modesta, casi mezquina —. Si los políticos y los intelectuales, sobre todo los escritores — aquellos hombres cuya vocación es «expresar la realidad» —, despiertan del estupor que les ha sido inducido en los últimos diez años, se producirá a los dos lados del Océano, la movilización convergente de la imaginación y la energía, y eso que llamamos Occidente llegará verdaderamente a existir.

Julián MARIAS

Bach, entre otras opciones

APROPIACION INDEBIDA

PONGAMOS por caso una cualquiera de las grandes piezas de Juan Sebastián Bach: una «cantata», un «oratorio», una «pasión». Hoy, en un concierto, o simplemente sin salir de casa, mediante el tocadiscos o el transistor, podemos escuchar aquellas magnificencias sonoras, y por lo general, las versiones que se nos dan suelen tener una calidad muy estimable. Sin embargo... La trampa es evidente. De vez en cuando, algún musicólogo, algún comentarista incidental, la denuncia, aunque tendemos a ignorar estas retenciones. Pero lo cierto es que ese Bach que oímos apenas tiene algo que ver con el Bach auténtico. Exagero un poco al enunciarlo, sin duda. No mucho, de todos modos. La partitura es la misma, desde luego. Ya no lo es la «interpretación». Y me refiero, de entrada, a los medios materiales empleados en ella. Cuando Juan Sebastián Bach pudo dar audición de las obras aludidas, hubo de contentarse con cuatro instrumentistas — digamos una docena — más o menos hábiles y con el coro de plantilla, escuálido y rutinario, que tenían a sueldo el príncipe o el arzobispo de turno. El resultado sería imponente: al fin y al cabo, la música, entera y verdadera, «estaba» allí. Sólo que, nosotros, ahora, la consumimos a través de un glorioso fraude: orquestas voluminosas, masas corales realmente masivas, y unas y otras sometidas al rigor de la profesionalidad más estricta. Esa «pasión» que nos ofrece el disco, esa «cantata», suenan de otro modo. Quizá como Bach soñaba que sonasen. Quizá, y no lo sabemos. Puede que no. Bach no «podía» imaginar para sus solfas tanta fastuosidad... Su época no daba tanto de sí.

Ni la de Beethoven, por supuesto. Y las referencias admitirían ejemplos repetidos. Mi erudición en el ramo no es tan amplia como para permitirse precisar detalles. Con todo, es obvio que, en cada momento histórico, la creación artística — estamos hablando de compositores, tal vez situados en el extremo del problema — viene determinada por los recursos «instrumentales» a su alcance. Una sonata para clave, tra-

ducida al piano, es otra cosa. Y un laúd o una viola de gamba son lo que eran o no son sino caricaturas cuando quedan trasladados a guitarra o al chisme que sea. Los estudios, los valeses, los preludios de Chopin fueron calculados para el sonido primario del teclado romántico. Etcétera. Una sinfonía del Sordo se convierte, además, en una sinfonía «distinta», si, en lugar de tocarla una «troupe» de veinte o treinta maestros, la toca la «troupe» del señor Stokowski, del señor Ansermet, del señor Toscanini o del señor Karajan. Es lo que empecé diciendo acerca de Bach. Se introduce una inevitable falsificación, con estos cambios. Digo «inevitable»: las obras así «remozadas» se prestaban a ello, y habría sido una bobada despreciar la eventualidad... De tarde en tarde, y sólo respecto a la música «antigua», existe el docto prurito de la fidelidad — por decirlo así — arqueológica, y los conjuntos que se dedican a tales autores se esmeran en reproducirlos con artefactos de museo, flautas desuetas, arpas rarísimas, sistemas de percusión increíbles. La voluta «historicista» es, aquí, decisiva. Y, salvando las distancias que convega salvar, el teatro queda expuesto a riesgos paralelos.

Música y teatro, bien mirado, se sitúan en una permanente disposición de «ser interpretados»: no se realizan sino con y en cada interpretación, y ésta se abre a las variantes propias de la circunstancia. Las artes plásticas, en su duración, no dependen de «interpretaciones»: a lo sumo, de «copias». Pero nadie se engañará con el engaño, si se trata de Sófocles o de Shakespeare. Incluso salta más a la vista lo del teatro que lo de la música. Cuando hoy meten una tragedia griega en un escenario urbano — comercial o subvencionado —, ¿qué relación llega a tener el asunto con el planteamiento original? La clientela cree asistir a una representación de Eurípides, y sí, asiste a ella, pero el Eurípides que le sirven es una aventura intelectual ajena, absolutamente ajena al episodio helénico. Los «Hamlets», los «Macbeths», los «Romeo y Julieta», que han sufrido manipula-

ciones de directores y divos en cantidades imponentes, nos brindan otra oportunidad de reflexión: sin descontar, claro está, los arreglos cinematográficos. Don Guillermo quedaría estupefacto, si pudiese levantar la cabeza, al ver lo que unos y otros han hecho con sus textos. «Hamlet» fue escrito para cómicos de la legua, y para tablas con foros precarios y bambalinas penosas, y toda la luminotecnia posterior, los añadidos escenográficos, las dicciones de lord Olivier, son pura y simple impostura. Cuando decimos ir a ver un Shakespeare, hoy, acudimos a ver otra cosa. Se interfiere la «interpretación». Y no hace falta remontarse a Shakespeare: Ibsen o el mismo García Lorca pasan por las mismas baquetas. Y es lógico, por otra parte.

A otro nivel, el embrollo se generaliza. Realmente, frente al «arte» del pasado, comenzando por el pasado reciente, el de anteaer, quizá el de ayer, nosotros ya no podemos adoptar la actitud del público previsto por el artista. Me produce una cierta aprensión subrayar estas obviedades. Lo hago porque, en última instancia, casi nadie piensa en ello. Un ciudadano culto, o medianamente culto, se pone a leer la «Comedia», el «Gargantúa», el «Quijote», el «Candide» o «Les Misérables», y no se da cuenta de que se halla involucrado en una confusa peripetia de anacronismo. Lo que lee, lo lee a destiempo: intempestivamente. Un lector inocente — quiero decir: ingenuo — no sólo se perderá la sustancia concreta, circunstancialmente viva, del papel que tiene ante sus ojos, sino que se entrega, sin querer, a capciosas digestiones. No digo ya los «Cants» de Ausias March o los «rondels» de Villon, o las «Soledades» de Góngora, pero ni siquiera los «Quartets» de Eliot o los «Cantos» de Pound son inteligibles, sin notas a pie de página, para un ciudadano en edad de cumplir el servicio militar. No me ocuparé de las criaturas más tiernas. Y lo mismo en pintura. Podría parecer que los llamados «lenguajes universales» — ya descarté la música: ahora va la pintura — escapan de la terrible «histo-

ricidad» que agobia a la palabra. No lo creo. Ante los Botticelli florentinos, días atrás, me hacía esta pregunta: ¿los «veo» como los veían sus contemporáneos? Insisto: se trata de una cláusula de estilo. Nunca he caído en la trampa, que «trampa» es, y me reitero. Pero he podido observar el encandiamiento de los visitantes de los Uffizi...

No podemos ver Botticelli como los veían sus contemporáneos. Ni ante los monstruos de Boí o Taüll somos espectadores «lúcidos». Fraguamos mentiras cuando, frente al románico o frente al gótico, suponemos paridades con Picasso, Miró o Chagall. El esplendor del Botticelli ¿qué sentido tiene en la actualidad, si fallan los apoyos «cultos»? Y los apoyos «cultos», ¿no lo desvirtúan?... La «cultura» entra finalmente en juego. ¿A qué llamamos «cultura»? Habría tela cortada para rato, sobre el particular. En la presente este solemne concepto: «asumir» — consumir, ¿por qué no? — Bach, Pound, románico, y lo que se ponga por delante, como si fuese una papilla inmediata e indiscriminada: «literatura», «pintura», «música». He escrito «falacia». ¿Lo es? Sí. La difusión de la «cultura» induce a imaginar, entre la ciudadanía cándida, que todo el monte es orégano, y que tanto da Piero como Pablo (ya se entiende: el della Francesca y el difunto nativo de Málaga). Pero, también: no. La «cultura», en la medida en que es una operación de acumulación de «valores», sólo puede funcionar a través del confusionismo «anacrónico». Nos maravilla — a mí, al menos — un Pantocrátor manufacturado por los pintamonas pirenaicos del XII, un verso del Petrarca, un volumen de Stendhal. No somos sus «clientes», pero nos apropiamos del residuo de su actividad. ¿Apropiación «indebida»? Yo no diría que no. Pero, ¿qué es la «cultura» sino robar tiempo al tiempo? Bach, entre otras opciones.

Joan FUSTER

cepillos espirales



CEPILLERÍA TÉCNICA INDUSTRIAL

nosas, sa

Calle Lluís, 238
Tel. 309 08 50 • Barcelona - 5

ESTRUCTURAS INMETRO



Estructuras metálicas normalizadas.
Solicitar información sin compromiso.
Pasaje de la Travessera, 35. 71. 2869632

TV. NUEVO
estrene lo hoy mismo y fije usted
el plazo MENSUAL o SEMANAL a partir de 200 pts.

ACEPTAMOS COMO ENTRADA SU VIEJO TELEVISOR DEL QUE LE ABONAMOS HASTA 8.000 pts.

SATEL

Tels. 329 60 60 - 329 55 55 - Visitas a domicilio

Ronda San Pablo, 42-44
Escudillers, 35
Hospitalet: Rda. La Torrassa, 78
Verdún: Alcudia, 66 (esq. Pintor Alzamora)
La Vermeda: Prim, 244
Rda. San Antonio, 4 (distribuidor)
Horta: Dante, 71 (distribuidor)

Inter • ZENITH • PHILIPS • VANGUARD • WERNER etc.